

El escenario hospitalario en Puebla durante el Virreinato

Guillermo Fajardo-Ortiz*

Recepción versión modificada: 17 de diciembre de 1998

aceptación: 13 de enero de 1999

A. Introducción

Durante el virreinato la atención hospitalaria, en la geografía poblana, al igual que en el resto de la Nueva España, fue una estrategia de la religión católica para proporcionar servicios médicos de tipo caritativo e incrementar su poder. Las vírgenes, los santos, los ritos, las cofradías, los frailes, los misioneros y las advocaciones tuvieron gran importancia en la creación, funcionamiento y denominación de los nosocomios.

B. Numerosos hospitales en la geografía poblana

Durante los dos primeros siglos de la Colonia la creación de hospitales en Puebla fue un proyecto prioritario, la empresa se estancó al terminar el siglo XVIII, para entonces la cobertura hospitalaria era amplia, algunos hospitales rivalizaban en prestigio con los de la ciudad de México.

La favorable posición geográfica del Estado de Puebla, en el núcleo de una zona indígena ampliamente poblada y en el paso entre el puerto de Veracruz y la ciudad de México favoreció en la época colonial el desarrollo de hospitales; tiempos que sólo en Puebla de los Angeles, ciudad con importante dinámica religiosa, administrativas comerciales se fundaron diez hospitales; otras poblaciones más como Atlixco, Izúcar de Matamoros y

Tehuacán también tuvieron hospitales, pero igualmente los hubo en el medio rural donde eran pequeños; todos esos establecimientos conformaron una red hospitalaria no del todo articulada de servicios.

La necesidad de fundar o ampliar hospitales era mas aparente cuando se presentaban o se recrudecían epidemias.

C. Los “usuarios” de los hospitales eran pacientes y pasivos

Las personas que acudían a los hospitales en busca de servicios, eran en su mayoría jóvenes del género masculino dedicados a actividades castrenses, religiosas, comerciales o a la aventura; su denominador común era la pobreza en salud, en comida, en bienes, en familia y en amigos. Los internados buscaban aminorar sus problemas, no solucionarlos.

Para cumplir con la admisión al hospital a los “dolientes” se les solía pedir actos de contricción, oración, confesión, comunión y limosnas, con estas acciones se buscaba que los desafortunados mejoraran en su salud y obtuvieran de Dios el perdón y la gloria; valores que quizás nunca estuvieron bien entendidos ni consolidados, ni por los prestadores de los servicios, ni por los “dolientes”, ya que sus creencias eran vagas y su misticismo confuso.

* Subdirector Académico del CIESS

Correspondencia y solicitud de sobretiros: Apartado Postal 99087, Delegación Magdalena Contreras, 10100 México, D.F. Tel. 5595 0011, Fax. 5595 0644.

El silencio, la austeridad y el cumplimiento de reglas religiosas en los hospitales hacía sentir a los internados que eso de ser huésped tenía un peso, una densidad; las horas se hacían largas y los días pesados, su autonomía de por sí limitada, se perdía más en aras de la fe.

El servicio en los hospitales no era una forma clara para obtener o mejorar la salud, pues no había una diferencia entre la misma y la enfermedad; tampoco existían conocimientos específicos acerca de las causas, manifestaciones y terapéuticas de las enfermedades.

D. Creadores y servidores

Misioneros, congregaciones y hombres religiosos dieron lugar a la creación de hospitales y al otorgamiento de servicios en los mismos. Los órdenes religiosos más importantes por el número de sus integrantes y sus acciones fueron las de los franciscanos, juaninos e hipólitos, convivían con las órdenes de los betlemitas, agustinos y dominicos. Las órdenes se sobreponían y competían entre sí, buscaban un liderazgo espiritual y un control social.

La esencia de la labor de los franciscanos fue la pobreza, sabían que los votos eran rígidos y los aceptaban. Cuando los religiosos arribaban a apartadas comunidades con lo poco que tenían y con la ayuda de nativos levantaron rudimentarios hospitales. En el siglo XVI dispusieron de alojamientos hospitalarios en Cachula, Santiago, Tecalli, Totimehuacan, Cholula, Puebla, Atlixco, Tehuacán, Huezotzingo, Calpan, Tecamachalco, Cuauhtinchán, Acatzingo, Tepeaca, Huequechula, Tlatlauquitepec y Zacatitlán, algunas construcciones se encontraban bajo la advocación de Nuestra Señora de la Concepción, tenían además designación real.

En cuanto a los juaninos tenían votos de hospitalidad razón que motivó que crearan nosocomios. Los más conocidos fueron el Real de San Bernardo en la capital, el de Tehuacán y el de Izúcar. Hacia 1770 los juaninos presentaron relajaciones morales, económicas y administrativas, se tomaron medidas correctivas, pero no fueron del todo efectivas.¹

En Puebla la orden de los hipólitos se ocupó, básicamente, de la atención a enfermos de la mente. Los servicios de los betlemitas fueron limitados, llegaron a la Nueva España hacia 1673. En relación a los agustinos en la ciudad de Puebla en el año de 1562 en los templos de San Sebastian y San Miguel, que estaban en el barrio de Santiago, hospedaron personas enfermas; además contaron con viviendas hospitalarias en Chiautla, Pahuatlán y Huauchinango. Los dominicos otorgaron servicios hospitalarios en casas de la ciudad de Puebla y de Izúcar de Matamoros.

En el movimiento hospitalario del siglo XVI de Puebla hay un nombre fundamental, Bernardino Alvarez (1514-1584), fundador de la Orden de los hipólitos, ha sido calificado por los historiadores como pícaro, jugador y timador. En la ciudad de México cayó la ley sobre él siendo condenado al destierro a China, pero una dama licenciosa impidió el castigo; logró huir a Perú, donde hizo cuantiosa fortuna; regresó a la Nueva España, no quiso disfrutar de sus bienes, entonces la generosidad fue su atributo, dedicándose a la creación de hospitales. Gracias a sus bienes, a su salud de hierro, y a su espíritu social se formó la que se puede considerar la primera cadena hospitalaria del hoy territorio mexicano, se iniciaba en el Puerto de Veracruz, el otro extremo era Acapulco, algunos puntos intermedios fueron Xalapa, Puebla, Ciudad de México y Taxco. A Bernardino Alvarez le preocuparon los dementes, fundó para los mismos en la ciudad de Puebla el Hospital de San Roque.

En los hospitales los servicios clínicos eran proporcionados por médicos, cirujanos, sangradores, herbolarios y miembros de las agrupaciones religiosas.

E. Los inmuebles, los muebles y los utensilios

Los hospitales en general se encontraban en espacios cuadrículados, en ocasiones inmediatos a los centros político-administrativos, en otras afueras de las poblaciones.

En la construcción de los hospitales se utilizó madera, lodo, adobe, paja, piedras, cal y canto; los

hubo modestos, rústicos y pequeños, pero también existieron sólidos, amplios, bien ventilados -como el Hospital de San Pedro en la ciudad de Puebla-, en estos últimos, los pisos eran de ladrillo o piedra, los techos altos a base de vigas, los muros gruesos. Los inmuebles sólidos de uno o dos pisos, estaban anexos a una iglesia o convento; disponían de jardín con fuente o pozo de agua; los corredores contaban con arcadas; los ámbitos principales eran las salas de hospitalización, cocina, comedor, lavaderos, habitaciones para religiosos, despensas, botica, capilla y retretes; a veces contaban con huertas, granjas, caballerizas, corrales y cementerios. Su aspecto era monacal, en su edificación la mano indígena fue básica, provenía de Tlaxcala, Cholula y localidades cercanas a los sitios donde se construían los nosocomios.

Las salas de hospitalización, generalmente, eran alargadas, podían alojar de 20 a 40 personas, en las paredes se encontraban las huestes celestiales, pinturas, cuadros y retablos que recordaban el tutelaje religioso. Los muebles, camas, mesas, sillas y armarios eran de madera. En los armarios se guardaban ropa, utensilios para comer y hierbas terapéuticas. Las noches, cuando era necesario, estaban iluminadas con teas de ocote, velas o recipientes de aceite encendido.

Las vajillas, platos y cubiertos eran una mezcla de utensilios hispanos y nativos, entre las piezas indígenas predominaban las de barro o piedra, los que se mezclaban con artículos europeos a base de cerámica y metal.

F. Hospitales “generales” y “especializados”

Los hospitales de acuerdo a las enfermedades que atendían eran de tipo “general” como el de San Pedro o “especializados”, para los enfermos mentales existió el Hospital de San Roque y para los “bubosos” o sifilíticos se creó el Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia, ubicados en la ciudad de Puebla; además hubo establecimientos para mujeres y para niños. Los naturales, los indios, contaban con sus propios hospitales, el de mayor tamaño estuvo en Puebla de los Angeles, el de San Pablo, pero también los hubo en el medio rural, en Tecamachalco, Acatzingo, Guatinchan (Cuauhtichán), Chiautla, Tepeaca y Tepeji de la Seda.

G. El financiamiento de los hospitales

Los hospitales se sostenían con aportes de la Corona y de las autoridades virreinales, ayuda del clero, donativos, ganancias de rifas y loterías, ventas de impresos y ganancias de entradas a teatros. A veces las autoridades públicas liberaban o disminuían los gravámenes de los hospitales pues la mayoría no cobraba por los servicios que prestaba. En muchos de los establecimientos se llevaba una contabilidad de ingresos y egresos monetarios.

Los costos económicos de las acciones hospitalarias de carácter médico no eran redituables, así quienes se internaban constituían una carga social y económica, pues la salud rara vez se restituía.

H. Bitácoras estadísticas

Los datos en cuanto a número de médicos, trabajadores y camas de hospital, y los resultados de los servicios y cuidados médicos a pesar de que con frecuencia se conocían, no tenían una aplicación clara para determinar prioridades de atención hospitalaria, conducción de acciones médico-educativas y evaluación de terapéuticas. Las informaciones en cuanto a natalidad-bautizos-, matrimonios y mortalidad-sepulturas- debían hacerse en las parroquias, lo que no siempre ocurría. En los documentos de defunción se anotaba el nombre del fallecido, estado civil y fecha de entierro; no se registraba la fecha de la defunción, ni el padecimiento causante de la misma.

I. Un intento fallido y el primer hospital de Puebla

La fundación de la ciudad de Puebla ocurrió el 16 de abril de 1531,² dos meses después hubo un intento para crear un hospital. De acuerdo a R. Martínez Marañón en el Primer libro de la ciudad se escribió lo siguiente: “En la población de los Angeles viernes dos de junio del año mil quinientos treinta y uno, estando en cabildo los Señores Hernando Saavedra Elgueta, Corregidor de Tlaxcala y Juan Yepes, y Alonso Martín Partidor y Martín Alonso de Reales Mafra, regidores dixerón, que

nombraban y nombraron por maiordomo del Hospital de San Jusepe de esta población de los Angeles a Martín alonso que presente estaba y recibieron el juramento..."³

En 1538 las autoridades del ayuntamiento de la ciudad de Puebla y el obispo dominico Julián Garcés, hombre con capacidad política y administrativa fundaron en la ciudad de Puebla el Hospital de San Juan de letrán.⁴ Hasta 1545 atendió tanto a mujeres como a hombres, hacia 1547 quedó dedicado a mujeres. Desapareció en 1643, después de existir 105 años.

J. Un resplandor de Puebla colonial: el Hospital de San Pedro

Hospital axial de la etapa colonial en Puebla fue el Hospital de San Pedro, data de 1544, empezándose su construcción un año después.⁵ En 1545 se consolidó la fundación del hospital gracias a la participación de Bernardo Gutiérrez, católico devoto, y miembros del cabildo eclesiástico, quienes lo dotaron de recursos; aunque administrativamente la institución pertenecía al Patronato Real, de aquí su calificativo de Real. En la existencia del Hospital hubo además otros cuatro hombres: Pedro Delgado Soria, Juan de Palafox y Mendoza, Manuel Fernández de Santa Cruz y Sahagún e Ignacio Domenech.

A los cincuenta años de fundado lo dirigió el presbítero P. Delgado Soria, hombre de relaciones sociales, logró aportaciones económicas.

En 1643 el obispo Palafox y Mendoza (1600-1659), prelado con méritos sociales, humanista notable y hombre honesto, ordenó se le agregaran tres salas de internación, habitaciones para sirvientes, boticas y oficinas; por otra parte, redefinió las características del trato a los internados, evitando fricciones entre otorgantes de los servicios y los usuarios.

Al finalizar el Siglo XVII despertó el interés del obispo M. Fernández de Santa Cruz y Sahagún (-1699). Se distribuyeron a los internados en cuatro secciones: una para españoles, una para indios, una para mujeres y otra para enfermos del mal gálico.

A mediados del siglo XVIII, un cuarto protector del hospital surgió, I. Domenech (-1801), fue

director del establecimiento, le dio nuevas dimensiones físicas y humanas y otra organización, buscó nuevas formas de financiar los servicios hospitalarios; de hecho los efectos de sus acciones perduraron hasta que el edificio dejó de ser hospital en 1917.

Con Domenech el establecimiento fue remodelado, reconstruido y ampliado, se construyó una sala de hospitalización en el lugar que se encontraba el cementerio. Las salas de hospitalización se ampliaron. El inmueble ocupaba una manzana, era un edificio magno de dos pisos, tenía un gran claustro con columnas toscanas y arcos de medio punto. Para mejorar el financiamiento del hospital I. Domenech creó el Fondo Piadoso, por otro lado, organizó un servicio de traslado de pacientes y una especie de orfelinato; provocó así que el hospital adquiriera otras características: servir a la comunidad, que se diversificaran las fuentes de empleo y se incrementaran las actividades del hospital.⁶

Con otro enfoque: "El hospital de San Pedro fue un importante centro de estudios médicos. Don Ignacio Domenech propuso el establecimiento de un anfiteatro de Anatomía en el hospital, donde se hiciesen disecciones semanariamente para que los jóvenes aprobados por la Universidad y el Protomedicato no tuvieran que ir a hacer prácticas a México dejando desamparado al hospital". "Hacia 1802 se encontraba fundada allí una Academia de medicina, Anatomía y Farmacia".⁷

K. El ocaso

Al finalizar el siglo XVIII en Puebla, al igual que en el resto de la Nueva España se discontinuó el proceso nosocomial de tres siglos de existencia, la mayoría de los hospitales empezaron a decaer en todos sentidos. Las autoridades religiosas, las monárquicas y otras dejaron de interesarse en la atención hospitalaria, aparecieron leyes tendientes a modificar su estructura; apartando al clero de los hospitales; ya no se buscaba en los mismos, como en otras épocas, a los juaninos, hipólitos o betlemitas, ahora los seglares ocupaban su lugar o los nosocomios se quedaban sin servicios.

En síntesis, la atención hospitalaria de Puebla durante el Virreinato, fue activamente religiosa, dispuso de un inmenso patrimonio físico, su huella

aún persiste, su cobertura fue amplia, constituyó una fuente de servicios, conocimientos y de creatividad, reflejó caracteres hispanos, indígenas y mestizos.

El trabajo hospitalario fue voluntad y carisma, dependió de imágenes, metáforas y acciones; de constructos teóricos y de la creación y organización de una cimbra física y espiritual, que se sentía, vivía y hacía vivir.

Referencias

1. Visita y Reforma de los Hospitales de San Juan de Dios de Nueva España en 1772-1774. Archivos Históricos de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Selección Rómulo Velasco Ceballos. México. 1945.
2. **Cervantes EA.** Bosquejo del desarrollo de la ciudad de Puebla. Secretaría de Cultura. Gobierno del Estado de Puebla. Universidad de Puebla. Facultad de Medicina. 1944. pp. 30.
3. **Martínez Marañón R.** El Servicio Hospitalario en Puebla. Universidad de Puebla. Facultad de Medicina. 1944. pp. 30.
4. **Alvarez Amézquita J y col.** Historia de la Salubridad y la Asistencia. Secretaría de Salubridad y Asistencia. México, D. F. 1960. Imprenta Labor. México, D. F. 1960. Tomo III, pp. 176.
5. **Fernández de Echeverría y Veytia M.** Historia de la ciudad de Puebla de los Angeles en la Nueva España. Su descripción y presente estado. Imprenta Labor. México, D. F. 1944. pp. 31.
6. **Muriel J.** Hospitales de la Nueva España. Publicaciones del Instituto de Historia. Tomo I. México. 1956. pp. 168-169.
7. **Contreras Rodríguez R.** Hospitales de Puebla. Gobierno del Estado de Puebla, Puebla. 1998. pp. 106.